



Visión en ayahuasca.

Ino Moxo (fragmento)

César Calvo

La primera vez que tomé ayawaskha tuve una sensación idéntica pero más duradera: la certeza de tener dos cuerpos y verlos y tocarlos, dos césares tumbados en el piso de la casa del brujo. Porque fue aquí en la isla Muyuy y en la misma vivienda de Don Juan Tuesta, a los trece años de mi edad, que me fue presentado el ayawaskha. Y sucedió. Eran otras imágenes, otros colores pero el desdoblamiento remedaba al de esta noche que no quiere irse. Ahora no son únicamente dos cuerpos míos los que alcanzo, un instante sí, a comprobar, un instante no. Me veo, por relámpagos, al costado derecho de Don Juan Tuesta, sentado en la espintana derribada, y a la vez a su izquierda, aunque con una cara que se aparenta mía, que lo duda y tiende a borrararse y a rehacerse luego con facciones que reconozco y no pertenecen a mi rostro. Acepto

sin embargo que se trata de mí, como acepto que jamás alcanzaré a explicármelo con palabras y con plenitud. Me estoy viendo, en dos cuerpos, a ambos lados del cuerpo del brujo de Muyuy. Y recibo su voz desde dos sitios, dos existencias, dos identidades, estamos en 1953, dos memorias que de ser tan ajenas ya me son familiares.

—Es que a algunos brujos, les falta quizá preparación, quizá les falta tiempo de merecer, no consiguen inventar completamente un *chullachaki*. Por eso roban gente, casi siempre niñitos y los encantan para su servicio. Si cargan al raptado con poderes de daño, su pie derecho se altera, se aborrece, denuncia pasos que se contradicen, una huella de humano, al caminar, y la otra de tigre o de venado, siempre. Y si se muestra en forma de animal, según sea el tamaño de la especie elegida, su pie derecho pisa como niño o como hembra o como hombre.

—Acaso yo haya bebido allí, a los trece años —dice César Calvo— la inquietud que después me llevaría a rastrear la verdadera identidad de Ino Moxo. Porque también don Juan Tuesta me habló esa noche de él, en su cabaña frente al río, cuando la madrugada iba atenuando en mí los efectos de la droga y no sentía el rumor que me habitó al comienzo de la sesión iniciática, ese brumoso como arcoirises despeñándose desde lo alto y convirtiendo al Amazonas en una despedazada joyería.

—Nada más puedo contarte de él —dice don Juan Tuesta— Nada más de lo que ya te he contado.

—¡Pero si usted no me ha contado nada! —le reclamo.

—Sí que te he contado, y acaso sin que lo sepas dentro de tu cabeza, sin que te des cuenta con el entendimiento, al fondo, en tus memorias ha de estar bien guardado lo que esta noche te dije de Ino Moxo. Si el ayawaskha no te deja recordar, sigue nomás: la sogadelmuerto no se equivoca, ella sabe...

—Sabrás que al *chullachaki* le gustan las lupunas, está diciéndome ahora don Juan Tuesta. A la sombra de las lupunas el *chullachaki* es feliz, bajo ellas vive esperando el momento de ejercer. Alguna vez, en lo hondo del monte ¿has percibido un retumbar como de *manguaré*

golpeado por nadie? Quizá fue un *chullachaki* bondadoso, cansado de estar solo, quien estuvo llamando queriendo ser tu amigo, quizá fueron sus pies que te invocaban tamboreando contra una aleta de lupuna. Si hubieras acudido y entrado a la sombra de aquel árbol, y si el árbol era una lupuna blanca, seguro el *chullachaki* se habría presentado vestido con el cuerpo de tu alguien más querido, o tal vez en la forma más informe, ocupando una apariencia inesperada, odiosa, retándote a pelear sin más justificación que su insolencia. Porque si un *chullachaki* se muestra y te dice que quiere ser tu amigo, primeramente tienes que combatir con él. Y tienes que ganarle. No es difícil. Más aún: inevitable es. El *chullachaki* se dejará vencer con tal de ser tu amigo. Una vez que lo logra te lleva a todas partes, hace que los animales te sigan si vas de cacería, te regala todo, chacras de buena tierra, ríos mansos, pródigos y panzones. Y te da las familias que quieras, montón de hijos felices, todas las vidas que necesites vivir para ser libre, todos los conoceres y poderes, únicamente sentimientos grandes. Le obsequia vidas útiles y muertes generosas y más resurrecciones a tu vida. Y mucho más que todo puede darte. El *chullachaki* formado para el bien es dueño del mundo y de los tiempos, es dueño del tiempo y de los mundos. A cambio, aunque no siempre, el *chullachaki* exige que no fumes, que no te dañes dañando a otros, que no vayas a la iglesia, que solamente vayas a casa del *chullachaki*. Tampoco es difícil: él se encarga que ahí donde terminan todos tus caminos, así vayas al bosque o al caserío, a la vejez o al dormir, ahí se construya la casa que te aguarda. Esta categoría de *chullachaki* tiene un indisoluble convenio de amor con las lupunas. Inclusive la lupuna colorada se le somete, se hace cómplice, la misma lupuna que utilizó como imán de tu amistad continúa sirviéndolo: fustigando sus aletas arrugadas él atrae para ti, como alimento, fortunas y bondades. Pura bondad es este *chullachaki*. Hasta gracioso es, de ser tan bueno, casi chistoso, solamente por serlo. Los que lo han visto en sus cabales, sin el auxilio de la sogadelánima, dicen que aparece chiquitito, subido en dos enormes zapatos colorados, y con camisa colorada y bufanda colorada y pantalón y sombrero colorados. Así se muestra en su primer instante, luego-luego ya no, se hace grande o pequeño según sus intenciones, puede ocupar la forma de un sajino, un jabalí mansito o la de un otorongo o de una mariposa o un venado,

puede asomar en pez o en canto de pajarito, dentro del recipiente que él disponga. Y te lleva sin capturarte ni obligarte a nada: se echa a correr nomás para que tú lo sigas. Son igual que muchachas estos *chullachakis*: no escapan *porque* alguien los esté persiguiendo, sino *para que* alguien los persiga. Y tú, quieras o no, imaginando rebelarte, lo obedeces. Como si se tratara de la felicidad, así te vas tras él. Haces bien. Por más que te equivoques haces bien; siempre se trata de la felicidad...

Se me esfumó otra vez la sensación, oyendo a don Juan Tuesta; me hospedo nuevamente dentro de un solo cuerpo, aquí, sobre la espintana mordida por los musgos, a la derecha del brujo de la isla Muyuy. Y no sé cuál nostalgia me doblega, una casi tristumbre de viudez remembrando a ese otro que yo fui por instantes y ha vuelto a plegarse bajo las alucinaciones del ayawaskha.

—El hermano de Ruth Cárdenas —me dice don Juan Tuesta— su hermanito menor, es decir el cuñado más chico de don Javier otra categoría de *chullachaki* es, así mismito. Cuando estés en Iquitos anda a buscarle a Ruth Cárdenas, la esposa de don Javier. Pídele que te cuente de su hermano Aroldo Cárdenas. En mi nombre convérsale y ella te dirá más, todo lo que necesites conocer.

Tomado de: César Calvo. *Las tres mitades de Ino Moxo*, Proceso Editores, Iquitos, 1981.